

LIBROS Y LECTURAS PARA MUJERES EN EL SIGLO XIX

*Emilia Recéndez Guerrero **

* Universidad Autónoma de Zacatecas

Recepción: 1 de mayo / Aceptación: 17 de julio

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo mostrar algunos cambios y continuidades que en el transcurso del siglo XIX ocurrieron en la relación de las mujeres con los libros y la lectura. Se trata de observar cómo los integrantes del clero trataron de dirigir y normar la vida de las mujeres, señalándoles mediante sus escritos el «deber ser». Las fuentes que sustentan el ensayo son: *La Mujer Fuerte. Conferencias dedicadas a las señoras de las sociedades de caridad*, escrito por Jean Baptiste Landriot, obispo de la Rochela, Francia. Y *Manual de las mujeres. Anotaciones históricas y morales sobre su destino, sus labores, sus habilidades, sus merecimientos, sus medios de felicidad*, de D. L. J. Verdollin. A la luz de algunos teóricos de la historia de la lectura como Roger Chartier, Guglielmo Cavallo, Stefan Bollmann y María del Val, se comparan las ideas en ambos textos a fin de localizar rupturas y continuidades en la forma de concebir a las mujeres, así como valorar en qué medida ellas fueron moldeadas por la comunidad de la que formaban parte.

Palabras clave

Mujeres; libros; lecturas; Landriot; Verdollin

Abstract

This article aims to show some changes and continuities that in the course of the 19th century occurred in the relationship that women had with books and reading. It seeks to observe how members of the clergy tried to direct and regulate women's lives, by pointing out through their writing how things «should be». The sources on which the essay is based are: *La Mujer Fuerte. Conferencias dedicadas a las señoras de las sociedades de caridad*, written by Jean Baptiste Landriot, bishop of La Rochelle (France), and *Manual de las mujeres. Anotaciones históricas y morales sobre su destino, sus labores, sus habilidades, sus merecimientos, sus medios de felicidad*, by D. L. J. Verdollin. In light of some theoreticians of the history of reading such as Roger Chartier, Guglielmo Cavallo, Stefan Bollmann and Maria del Val, ideas are compared in both text in order to locate ruptures and continuities in the way of conceiving women, as well as to value to what extent they were shaped by the community that they belonged to.

Keywords

Women; books; reading; Landriot; Verdollin

*Leyendo, las mujeres se apropiaron de conocimientos
saber y experiencias que habían estado fuera de su
alcance y sólo reservadas a los hombres.*

Stefan Bollmann

INTRODUCCIÓN

HISTORiar LA RELACIÓN de las mujeres con las letras es un tema apasionante, al cual he dedicado varios proyectos de investigación, dirigidos principalmente a develar la escritura de las zacatecanas. En las andanzas por los archivos, bibliotecas y hemerotecas, he localizado variedad de documentos que ratifican su largo caminar para arribar al campo del conocimiento y la vida intelectual. Peter Burke (2002, 25) comenta que «la sabiduría no es acumulativa, y cada individuo ha de aprenderla mediante un proceso constante y en ocasiones doloroso». Burke reconoce que para las mujeres, acercarse al campo de las humanidades o cualquier otra ciencia ha sido como «vencer una carrera de obstáculos» (Ibid., 21). En esa tesitura, en el presente trabajo se pretende abonar nuevos conocimientos sobre la relación de las mujeres con las letras y los avances logrados o «concedidos por los varones» para que ellas se acercaran a diversos campos del saber. El ámbito de acción se circunscribe a la relación mujeres y lectura, en su calidad de receptoras, analizando dos textos diferentes, que permitirán corroborar cambios o rupturas, así como las continuidades que impidieron durante mucho tiempo el acceso de las mujeres a la lectura libre, y posteriormente a la propia escritura.

Las fuentes que sustentan el ensayo son dos libros que se localizan en la biblioteca Elías Amador de la ciudad de Zacatecas.¹ El primero se titula *La mujer fuerte. Conferencias dedicadas a las señoras de las sociedades de caridad*, escrito en francés por el obis-

1. La biblioteca Elías Amador se localiza en el Museo Pedro Coronel, su acervo guarda gran parte de los libros conventuales de la época novohispana, entre ellos, novecientos ejemplares que correspondían a la librería de los integrantes de la Compañía de Jesús.

2. No se sabe en qué circunstancias llegó a Zacatecas, lo cierto es que forma parte de la biblioteca ya mencionada. El ejemplar consultado se encuentra en malas condiciones, no tiene todas las referencias y en la segunda página dice que fue impreso en Buenos Aires. La hoja de presentación del texto señala que Verdollin también es autor de «La civilización del pueblo», «El amigo de los educandos», «El recreo de las niñas», obras que fueron aprobadas en las Repúblicas de Argentina y en la Chilena, Lima, Perú, 1881.

po de la Rochela, Francia, el Excelentísimo Sr. Landriot. Fue traducido al español por el presbítero don Bartolomé de Rojas, en Puebla de los Ángeles, una de las ciudades más importantes de la Nueva España, con la intención, dice el autor, de «difundirlas entre las mujeres novohispanas, a fin de reafirmar en ellas la piedad y el 'deber ser' correcto». Posteriormente, dicho documento circuló por otros lugares destacados del virreinato, llegando a la ciudad de Zacatecas. El segundo texto es el *Manual de las mujeres. Anotaciones históricas y morales sobre su destino, sus labores, sus habilidades, sus merecimientos, sus medios de felicidad*, de D. L. J. Verdollin, publicado en París y México, muy avanzado el siglo XIX (Verdollin 1881).² Ambos textos llaman la atención porque fueron escritos por integrantes del clero, a fin de continuar dirigiendo la vida de las mujeres a través de la lectura, hacia aquello que ellos consideraban benéfico para ellas, su familia y la sociedad.

Mediante el análisis de los textos se pretende dar respuesta a ciertas preguntas que permitan conocer si hubo cambios en las propuestas escritas por los hombres hacia las mujeres, en relación con el deber ser, y, en qué medida dichas lecturas contribuyeron a la creación de una cultura femenina propia. Se trata de profundizar en el conocimiento de la historia cultural de las mujeres, una historia aparentemente similar a la masculina, y que sin embargo, procuraba mantenerlas al margen de los conocimientos.

En ambos textos se ubicarán las ideas centrales, se plantearán reseñas breves y se ubicarán las propuestas que los clérigos –principales dueños de la palabra escrita–, ofrecían a las mujeres. A la luz de algunos teóricos de la historia de la lectura como Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (1999), Stefan Bollmann (2006), y María del Val González de la Peña (2008), se comparan las ideas en ambos textos a fin de localizar rupturas y continuidades en la forma de concebir a las mujeres, así mismo, valorar en qué medida ellas fueron moldeadas por la comunidad de la que formaban parte.

PROPORCIONAR LECTURAS ADECUADAS A LAS MUJERES

*El escribir quédese para los hombres. Sepa ella muy bien usar de una aguja, de un huso y una rueca, que no á menester usar de una pluma, y si supiere leer, lea en libros de devoción y buena doctrina.*³

3. Juan Rodríguez, «Árbol de consideraciones y una vana doctrina», citado por Elsa Ruíz en «El universo femenino y las letras» (González 2008, 99).

Eso aconsejaba un sacerdote a un «hombre sensato» que iba a elegir esposa en la ciudad de Toledo, a fines del siglo XVI. En dicho testimonio hay dos elementos a considerar: por una parte, la intención de los varones para impedir el acceso de las mujeres a la lecto-escritura, concentrándolas en los asuntos mujeriles; y por otro, que dicho proceso no era unitario, se podía aprender a leer, pero no a escribir. Martyn Lyons señala que «la iglesia católica había intentado animar en lo posible a las personas a leer, pero no a escribir. Era necesario que supieran leer la Biblia y el catecismo, pero el dominio de la escritura podía dar a los campesinos un grado de independencia poco deseable a los ojos de la clerecía» (Lyons 2001, 545); lo mismo aplicaba a las mujeres. A pesar de ello, poco a poco ellas se fueron introduciendo en el ámbito de las letras, leyendo en grupo y oralmente, como era común en ese siglo. Posteriormente, cuando se introdujo la lectura en silencio y ellas accedieron a la escritura, ambas actividades se realizaban en el ámbito privado, de donde vino otra preocupación a los hombres de aquellos tiempos: ¿qué leían las mujeres? y, ¿cómo interpretaban las lecturas? Los integrantes del clero, principales poseedores de la sabiduría y encargados de la dirección espiritual de la sociedad, consideraron necesario proporcionales libros adecuados para que cumplieran fielmente con los roles que por siglos les habían asignado: ser madres abnegadas, esposas fieles y mujeres virtuosas, además de eficientes amas del hogar, para lo cual los humanistas de los siglos XV y XVI como Juan Luis Vives, consideraban que no era tan importante para la mujer ser «letrada ni bien hablada, como ser buena y honesta» (Vives [1524] 1995, 38). Otro de ellos fue Fray Luis de León, quien en su obra *La perfecta casada* (De León [1584] 1997), daba instrucciones para que las mujeres se desempeñaran como abnegadas esposas, y otros consejos, encaminados a mejorar la educación femenina, ya que

ellas eran quienes educaban a los hijos, por lo cual a partir de ese siglo y durante los subsiguientes, se escribieron y publicaron libros y manuales a fin de normar la conducta, los aprendizajes y las lecturas de las mujeres. En ese contexto se inscriben los libros fuentes de la presente disertación.

LA MATERIA DE ESTUDIO: *LA MUJER FUERTE*

Es un libro en cuarto, con trescientas cincuenta páginas, dividido en cuatro partes, las que a su vez se subdividen en veinticinco instrucciones; las dos primeras destinadas a definir qué es una mujer fuerte, y las dos siguientes encaminadas a describir qué es una mujer piadosa. Aquí se aludirá únicamente a la primera parte. El texto se inicia con una advertencia: la fuente principal de las conferencias impartidas –y posteriormente escritas por el obispo de La Rochela–, son las «Sagradas Escrituras», donde las mujeres encontrarán «las reglas de la verdadera piedad» (Landriot [1862] 1895, V).

En la instrucción primera y antes de definir qué es una mujer fuerte, el obispo de la Rochela dice que el Señor creó todo lo existente en dualidades y distribuyó las cualidades entre hombre y mujer. «Al hombre le ha dado de un modo especial, la inteligencia, el consejo y la fuerza; a la mujer, la inteligencia del corazón, la sutileza, y ese maravilloso instinto para percibir mil pequeñeces que al hombre se le escapan» (Ibid., 3). Continúa señalando que a cada una de las buenas cualidades de hombres y mujeres hay un defecto opuesto; se apoya en Santo Tomás e indica algunos defectos femeninos como la debilidad de temperamento y la falta de firmeza en sus ideas, aunque aclara que hay algunas mujeres excepcionales (Ibid., 5).

Muchas son las formas como Landriot define a la «mujer fuerte», siempre en dualidades, ponderando sus virtudes, las cualidades que debe adquirir y los defectos sobre los cuales hay que trabajar, evitando cometerlos. En una de ellas dice: «un verdadero retrato de la mujer fuerte tal como nos lo enseña el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios, es aquella que posee un carácter a la vez dulce y enérgico, y comprende sus deberes y los cumple con una perseverancia inquebrantable» (Ibid., 17). En síntesis, plantea que las mujeres deben estar dedicadas totalmen-

te al cuidado de su esposo, sus hijos, su casa y sus sirvientes; eso da la pauta para saber que el texto no estaba dedicado a todas las mujeres o a cualquier mujer, sino a las que tenían los recursos suficientes para no preocuparse por su manutención o la de sus hijos, y por tanto, disponían de tiempo libre que podían emplear en lecturas edificantes y obras de caridad.

En más de doscientas páginas, el autor describe lo que es y no es una mujer fuerte, prescribiendo cómo evitar errores. Asimismo, propone que se esfuercen en adquirir virtudes como la modestia, la discreción, la caridad, la prudencia, la fortaleza, el decoro, la justicia, y sobre todo, sean ejemplo para sus hijos; también recomienda evitar el ocio, porque de ahí provienen todos los vicios, por eso deberían levantarse temprano, distribuir las tareas a sus sirvientes, arreglar a sus hijos y en sus tiempos libres, hilar, coser, tejer, ocupar sus manos y su mente, en fin:

La mujer fuerte es la que preside con imperturbable sabiduría los trabajos de su casa, las faenas domésticas, el cuidado que de ella reclaman sus hijos, criados y esa multitud de pequeñeces que se multiplican como las nubes que cruzan el azulado cielo. Es la que sabe encontrar en sus cotidianas obligaciones la energía necesaria para hacer [frente] a las dificultades que brotan de la posición que guarda, al fastidio, a la preocupación y a las contrariedades con que debemos luchar incesantemente (Ibid., 6).

Como se observa, el tratado cristiano prescribe que las mujeres deberán mantenerse siempre activas en las cosas concernientes a la familia y la casa, aunque también hay en el trascurso del escrito algunas recomendaciones para los esposos, a quienes corresponde ser fieles custodios de sus mujeres, dándoles buenos ejemplos, guardándoles respeto, a fin de que no se desvíen del camino correcto. El autor los hace responsables en cierta medida de la conducta de ellas, aunque reafirma siempre la responsabilidad de las mujeres con el bienestar de la familia, así como del propio.

El obispo Landriot hace poco énfasis en otro tipo de lecturas que las mujeres podían realizar (porque poca era la literatura que

había para ellas) pero no dejó de advertir el cuidado que las mujeres debían tener con los libros, eligiendo solo aquellos que reafirmaran sus virtudes y buenas cualidades, pero además, evitando que a sus hogares lleguen «libros malos, folletines o novelas que son como veneno para los niños y jóvenes» (Landriot [1862] 1895, 117). Porque como señala Laude Adler «el libro enseña a las mujeres que la verdadera vida no es aquella que les hacen vivir. La verdadera vida está afuera, en ese espacio imaginario que media entre las palabras que leen y el efecto que estas producen» (Adler 2006, 17). Eso lo sabían muy bien los hombres, por ello la preocupación ante la posibilidad de que las mujeres pensarán e imaginarán por sí mismas, de ahí la necesidad de encauzar las lecturas hacia escritos religiosos edificantes; recuérdese que en el siglo xvii novohispano, al igual que en Europa, «en la mayor parte de los hogares acomodados los catecismos y devocionarios se utilizaban para enseñar a leer a los niños y las mujeres» (Bollmann 2006, 41). En el texto fuente del análisis se trasluce también el reconocimiento de la lectura como medio de comunicación persuasiva; el libro se miraba como un medio de iniciación, que en realidad lo era (lo es aún hoy), y podía influir en la conducta de las mujeres para bien o para mal, por eso, los hombres debían estar atentos a las lecturas que ellas hacían, sobre todo las realizadas en el ámbito privado, donde nadie sabía qué se leía. De ahí que los varones, dueños del conocimiento y el saber, debían elegir y escribir las lecturas adecuadas para ellas. En el siglo xvii aún eran pocas las mujeres que leían en privado, la mayoría lo hacía de manera oral y en colectivo, mientras hilaban y tejían, o en las reuniones religiosas y otros espacios de socialización donde las mujeres obtenían diversos aprendizajes para la vida cotidiana, espiritual y familiar; mediante dichas reuniones se gestó la cultura femenina, basada en el intercambio y la solidaridad.

EL MANUAL DE LAS MUJERES

En el siglo xix mexicano, posterior a la revolución de Independencia y cuando los países hispanoamericanos se habían liberado de la tutela española, ocurrieron cambios en la organización económica y política y también en las formas de ser y estar, en la mentalidad americana. El liberalismo como ideología predo-

minaba en muchos; fue entonces cuando se forjó el proyecto de Patria-Nación, donde los liberales jugaron un papel determinante; se trató de construir una identidad mexicana con estereotipos marcados de los diversos sectores sociales, tanto para hombres como para mujeres. Las corrientes literarias en boga (romanticismo, realismo, modernismo), influidas por el positivismo, contribuyeron a formar los nuevos modelos de individuos.

Durante los años convulsos de revolución, el orden social y político establecido durante tres siglos se resquebrajó, fue entonces cuando las mujeres salieron del ámbito privado para unirse a la lucha con los hombres; las rupturas en los roles y papeles establecidos para ellas fue temporal, ya que al término de la guerra volvieron al ámbito privado, para hacerse cargo nuevamente de la salvaguarda de las costumbres, las tradiciones y todo aquello que constituía la cultura patriarcal.

Eso sucedía en México, mientras en la mayor parte de Occidente ocurría un proceso de alfabetización masivo que incrementó el número de lectores y lectoras; la demanda de este nuevo público diversificó las lecturas, principalmente en el medio urbano: Martyn Lyons considera que esa fue «la época de oro del libro» (Lyons 2001, 542). Además se multiplicó la circulación de periódicos, folletines, revistas y, sobre todo, novelas, que tuvieron un gran auge. Para Lyons esta «literatura barata» desplazó finalmente a los catecismos, los libros de horas y otros tipos de literatura religiosa popular. Para llegar a un público más amplio se implementaron las publicaciones por entregas mensuales, luego quincenales; y era la clase burguesa quien más consumía dicha literatura, ahí las mujeres estaban entre las principales lectoras (Ibid., 543).

En el caso de México, en las primeras cuatro décadas del siglo XIX, fueron muy pocos los avances que se hicieron en la educación de las mujeres, el porcentaje de analfabetismo era alto en ambos géneros. La mayor parte de los mexicanos letrados se ocupaban principalmente de solucionar los asuntos políticos, y no se puede hablar de un público lector amplio. Sin embargo, a partir de la segunda mitad de ese siglo despuntaron los principales escritores de aquella época, (Tomás de Cuéllar, Manuel Altamirano, Manuel Acuña, Melchor Ocampo, Manuel Payno, por mencionar algunos) quienes consolidaron la literatura nacionalista y propu-

sieron que a través de estos medios se civilizara al pueblo a fin de cohesionar a la naciente nación. Así se desarrolló la poesía, el cuento, el teatro, y sobre todo la novela, varios de estos géneros se dirigieron a las mujeres. Pero además, se continuó escribiendo manuales para normar la vida y el deber ser de ellas, cuyos autores fueron tanto intelectuales seculares, ya mencionados, como algunos clérigos, y por supuesto se continuó importando libros, como el caso del *Manual* objeto del presente estudio.

El *Manual de las mujeres* es un libro en cuarto con 294 páginas, no se divide en capítulos, tiene solamente subtítulos. Se inicia con un prólogo donde el autor explica que a pesar de los adelantos logrados por la sociedad, y de que las mujeres ya asisten a las escuelas, su preparación continúa siendo poca. Abunda e indica que algunas, conscientes de la situación, buscaban libros folletos u otros escritos que les ayudaran a adquirir nuevos conocimientos y extender su cultura, lo que no fue bien visto por algunos intelectuales, como el presbítero Verdollin, quien decía que las lecturas podían «exponer a las mujeres al peligro de extraviarse, ofreciendo a su imaginación conmovida en demasía, especies, pinturas y relaciones muy fantásticas y novelescas» (Verdollin 1881, 3), por eso los objetivos del *Manual* son que las mujeres cuenten con «una obra de meditación detenida y concienzuda, redactada con la mira de coadyuvar al progreso intelectual y moral de la preciosa generación que va creciendo, el cual explica toda la serie de los papeles propios del bello sexo» (Ibid., 5).

Leer los subtítulos ya da idea del contenido: se inicia con una historia de la condición de las mujeres y un recorrido sobre el lugar que han ocupado en la sociedad: en la Historia Antigua, considerando a los hebreos, los griegos, los romanos, pasa luego por la Edad Media y llega hasta los tiempos modernos. Quizá el autor trató de seguir el modelo del beneditino Benito Jerónimo Feijoo que en su *Teatro crítico universal* dedicó el discurso xvi a las mujeres (véase Feijoo [1726] 1778).

En el *Manual de las mujeres* encontramos algunos elementos que denotan los cambios ocurridos en las mentalidades en el transcurrir de dos siglos. Por principio, ya no se discutía si las mujeres debían educarse o no, era un hecho su necesaria instrucción, a fin de que conocieran y desempeñaran bien sus roles; se planteaba la idea de progreso ascendente, mediante la educación, así como

la necesidad de que aprendieran a reflexionar y formarse juicios (como si fueran menores de edad que antes no lo hubiesen hecho) a fin de que cumplieran «las tareas a las que en tiempo oportuno las llamará la Providencia» (Verdollin 1881, 4).

El autor consideraba importante que las mujeres aprendieran a escribir correctamente, por lo que recomendaba «hacerlo mediante la elaboración de cartas, el aprendizaje de poesías y la lectura de libros con biografías de mujeres ejemplares» (Ibid., 5). Así mismo, se evidencian cambios en el lenguaje y las temáticas, ya no se habla tanto de principios religiosos, sino morales; se les denominó el bello sexo, preciosas damas. Pero al igual que en el libro *La mujer fuerte*, el contenido del *Manual* estaba dirigido a que las mujeres no olvidarán su misión principal: la de madre y esposa.

En más de una ocasión el autor llama a las mujeres: «el sexo débil», y enfatiza que su lugar en la historia ha sido «embellecer los días de los seres que le rodean sin otra aspiración que la de agradar» (Ibid.) Parece que retomaba la idea del filósofo ilustrado Rousseau localizada en el artículo «Mujer de la Enciclopedia» (Crampe 2000, 351) donde se exponen las diferencias impuestas por la naturaleza para hombres y mujeres, señalando que «las mujeres pueden ser definidas mediante el arte de agradar, el atractivo, la imaginación, el gusto por la dominación, el artificio y la coquetería» (Ibid., 354). Ideas que están planteadas también en el *Manual*, aunque en este caso, el clérigo dice que las diferencias entre los sexos han sido marcadas por el «Todopoderoso, Dios»; con dicha idea se seguía reforzando la superficialidad de las mujeres, en una generalización que se ha mantenido por siglos.

Verdollin reconoce que a través de la historia hubo mujeres inteligentes y cultas; enlista en cada periodo histórico los nombres de reinas, escritoras o pintoras, e indica que ellas han refinado la cultura y la civilización. Mujeres consideradas excepcionales y que pudieron ser dispensadas de cumplir su tarea de madres abnegadas y virtuosas esposas, aunque muchas también lo fueron, ya que de acuerdo al autor, el matrimonio y la maternidad son los únicos medios para que las mujeres se sientan realizadas: estos son «los únicos títulos que pueden hacer totalmente felices a las mujeres» (Verdollin 1881, 65).

Posteriormente, trata los roles, funciones o papeles que la mujer ha desempeñado históricamente, y da consejos para lle-

gar a ser buena esposa, madre, abuela, hija, hermana, nuera, etc., algunos de los subtítulos son: la mujer casada, la buena esposa, el ama de casa, la mujer comerciante, placeres del ama de casa, la abuela, la maternidad, ternura maternal, la crianza de los niños, la hija, la hermana. Los apartados están acompañados de ejemplos concretos como Valentina, Rosa, Jenny. Más adelante pondera las virtudes que toda mujer debe esforzarse en poseer, como la sinceridad, la gratitud, la modestia, laboriosidad, con más ejemplos de mujeres que los han practicado; aquí el manual es semejante a *La mujer fuerte* del obispo Landriot.

En consonancia con los cambios ocurridos en el ámbito laboral en las sociedades del siglo XIX, el autor ratifica el derecho y habilidad de las mujeres para continuar su preparación en el ámbito intelectual, y en los casos donde hay necesidad justifica ampliamente el que las mujeres pudieran trabajar en diversos oficios, señalando que:

Las mujeres son aptas para el desempeño de muchos oficios y profesiones, que los varones se habían reservado exclusivamente, olvidando la extraordinaria destreza de ellas en la tipografía, estampado y dibujo; su primor en las obras cerámicas, sus servicios en la medicina respecto a las personas de su sexo, y su extremada utilidad en los escritorios de comercio, almacenes y tiendas de lienzos, modas y perfumería (Verdöllin 1881, 10).

Es de destacar que en este *Manual*, elaborado por un clérigo en tiempos de liberalismo, no podía faltar el tema religioso; el autor dedica las últimas cien páginas a destacar la importancia de la religión en la vida de todas las personas, y especialmente en las mujeres, indicando que podrían cumplir mejor su misión estando cerca de Dios; ilustra nuevamente con ejemplos de mujeres de diversas épocas históricas. Finaliza con un epílogo y reitera que «las mujeres son frágiles, débiles por naturaleza, pero Dios les da la fuerza necesaria para sostener a la familia y ser el consuelo de los hombres, el regazo de paz que ellos siempre necesitan» (Ibid., 15).

REFLEXIONES FINALES

Como se observa, en ambos textos encontramos continuidades y también cambios muy importantes en la relación de las mujeres con la lectura y la cultura escrita. Una constante es que la educación dependía en gran parte (aún hoy), de la condición social y su estatus económico, del lugar de nacimiento y el lugar donde radicaban. La mayor parte de las mujeres que leyeron tenían bibliotecas familiares a la mano y vivieron en los centros urbanos. En México, como en Occidente «la imagen tradicional de la mujer lectora tendía a ser la de una lectora religiosa, devota de su familia, muy lejos de las preocupaciones que agitaban la vida pública» (Lyons 2001, 546). Esa imagen de las mujeres no cambió en México sino hasta muy avanzado el siglo XIX.

Leer atenta y detenidamente ambos textos permite corroborar que una de las principales continuidades fue la idea de educar a las mujeres para que fueran buenas madres y esposas, responsables del cuidado del hogar, los hijos y el esposo, «la mujer para los otros», y siempre custodiada o bajo la sujeción de los varones de la familia. Es importante reconocer que aun y cuando las lecturas para las mujeres fueran casi siempre dirigidas, estas tuvieron efectos positivos, pues las comunidades de lectoras les permitieron hacer diversas interpretaciones sobre los contenidos y sus propias vidas, a interesarse por sus congéneres, a conocer sus historias, a leer libros en voz alta y en colectivo como se hacía el siglo XVI, una lectura intensiva de pocos libros, pero que permitía la circulación de ideas, el despertar de la imaginación (Burke 2002, 232); en fin, «leer en voz alta les permitió aprender la pronunciación correcta de las palabras, conocer otras nuevas y su significado, y reconocer posteriormente las letras impresas en el papel» (De Almeida 2005, 272), además, leer para memorizar lo que se quería, lo que se deseaba recordar, motivando la memoria para saber un poco más, para ampliar la cultura femenina.

En el siglo XIX, sobre todo a partir de la segunda mitad, la relación de las mujeres con la lectura se transformó, no solo leían de manera individual, además se convirtieron en ávidas lectoras de folletos, novelas, periódicos, poesías; de acuerdo con Chartier «las mujeres conformaban una parte substancial y creciente del nuevo público adepto a las novelas. Las nuevas lectoras del siglo

4. Sobre la participación de las mujeres en la prensa y las revistas existen múltiples trabajos a nivel internacional y nacional; para el ámbito local véase Recéndez 2009, 2012, 2015, 2016 y 2017.

XIX tenían otros gustos más seculares, por ello se desarrollaron nuevos géneros literarios como los libros de cocina, las revistas de modas, las crónicas de viajes». (Cavallo y Chartier 2001, 546). Aún así, los varones continuaron escribiendo y prescribiendo normas de conducta para ellas a través de la publicación de manuales como el que aquí se ha analizado, lo que sucedía no solo en México, sino en la mayor parte de los países latinoamericanos.

Otra de las innovaciones en la relación mujeres-lectura en el siglo XIX fue la aceptación de que dicha actividad podía ser «una distracción sana para ellas» (Verdollin 1881, 19) aunque dispusieran de menos tiempo para la lectura, ya que su tarea principal eran las labores domésticas. En ese siglo, las mexicanas también tuvieron mayor acceso a la lectura, gracias a la feminización del magisterio como profesión, lo cual permitió ampliar sus horizontes, aunque algunos hombres discurrieron que las mujeres demasiado afectas a la lectura eran peligrosas, porque elegían principalmente escritos profanos, que les permitían evadirse de la realidad y de sus obligaciones, por ello el afán de imponer la lectura de los manuales. Indudablemente que los libros, ayer como hoy, son para todas(os) la puerta principal al conocimiento, son signos de cultura, un deleite, porque como dice Bollmann «leer nos proporciona placer y puede además transportarnos a otros mundos» (Bollmann 2006, 23).

Finalmente, quedan en el tintero inquietudes y preguntas abiertas, documentos por consultar para completar el cuadro sobre la importancia de la lectura en la vida de las mujeres de otros siglos y sus esfuerzos por acercarse al mundo de las letras, pues, por ejemplo: no podemos saber cuál fue la recepción por parte de las zacatecanas de ambos textos, escritos y prescritos para mujeres; el tema se entrelaza con otros ya trabajados que permiten reconocer cómo en el XIX mexicano, las mentalidades y las circunstancias cambiaron para muchas mujeres, la secularización las incluyó también a ellas. En las principales ciudades, los periódicos circularon libremente y ellas se acercaron a la prensa, no solo como receptoras, también como escritoras, editoras y dueñas de revistas, esa fue la principal puerta desde donde las mujeres ingresaron al mundo de las letras.⁴

REFERENCIAS

- Adler, Laure. 2006. «¿Son peligrosas las mujeres que leen?» En *Las mujeres que leen son peligrosas*. Madrid: Maeva.
- Bollmann, Stefan. 2006. «El lugar del Verbo: Lectoras llenas de gracia». En *Las mujeres que leen son peligrosas*. Madrid: Maeva.
- Burke, Peter. 2002. *Historia social del conocimiento: De Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Paidós.
- Cavallo, Guglielmo, y Roger Chartier (dir.) 2001. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Chartier, Roger. 1999. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Crampe-Casnabet, Michelle. 2000. «Las mujeres en las obras filosóficas del siglo XVIII». En *Historia de las mujeres en Occidente. Tomo 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna*. Madrid: Taurus.
- De Almeida Ferreira, Norma Sandra. 2005. «Una lectora muy particular». En *Mujer y cultura escrita: Del mito al siglo XXI*. Gijón: Trea.
- De León, Fray Luis. [1584] 1997. *La perfecta casada*. México: Porrúa.
- Fejoo, Benito Jerónimo. [1726] 1778. «Discurso XVI. Defensa de las mujeres». En *Teatro crítico universal. Tomo I*. Madrid: Joaquín Ibarra. <http://www.filosofia.org/bjf/bjft116.htm>
- González de la Peña, María del Val (coord.) 2008. *Mujer y cultura escrita: Del mito al siglo XXI*. Gijón: Trea.
- Landriot, Jean Baptiste François [obispo de La Rochela]. [1862] 1895. *La mujer fuerte: Conferencias dedicadas a las señoras de las sociedades de caridad*. Traducidas del francés al español por Bartolomé de Rojas, de la diócesis de Puebla. México.
- Lyons, Martyn. 2001. «Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros». En *Historia de la lectura, en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Recéndez Guerrero, Emilia. 2009. «Las mujeres y la prensa en el México decimonónico: una aproximación». En *Diálogos interdisciplinarios sobre las mujeres: historia, arte, literatura*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas.
- . 2012. «Zacatecas que escribieron en el siglo XIX». En *Mexicanas al grito de guerra: Las mujeres en las revoluciones sociales (1810-1910)*. Zacatecas: Taberna Librería Editores.
- . 2015. «La participación pública de las zacatecas desde la prensa en las primeras décadas del siglo XX». En *Memorias del Tercer Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas.
- . 2016. «Cambios y continuidades en la prensa zacatecana en el arribo al siglo XX». Ponencia presentada en el X Encuentro Internacional de Historiadores de la prensa y el periodismo en Iberoamérica. Universidad de Valencia, España.
- . 2017. «Las Mujeres, la prensa y la Revolución mexicana en el contexto zacatecano». Ponencia presentada en el XXXIII Congreso Internacional de Historia Regional. Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán.
- Sánchez, Pedro. [1584] 2008. «Árbol de consideración y varia doctrina». Citado por Elsa Ruíz García En *Mujer y cultura escrita: Del mito al siglo XXI*. Gijón: Trea.
- Verdollin, D. L. J. 1881. *Manual de las mujeres: Anotaciones históricas y morales sobre su destino, sus labores, sus habilidades, sus merecimientos, sus medios de felicidad*. París-México: C. Bouret.
- Vives, Juan Luis. [1524] 1995. *Instrucción de la mujer cristiana*. Salamanca: Fundación Universitaria Española / Universidad Pontificia de Salamanca.